

Ahora sí que daba gusto echar un vistazo, en esta mañanita de sol, a aquella haza que se extendía en ligero declive desde la casita de *nipa*, enclavada en lo alto, hasta el regato oculto por enormes canchos. La lluvia de la noche anterior había caído como una bendición del cielo y el arado se hundía sin esfuerzo en la tierra, cuyas entrañas fecundizadas parecían palpar, al abrirse, en un estremecimiento de germinación prolífica. Era una tierra seca, muerta días antes, que de pronto y por milagro de una lluvia benéfica, abríase en un abrazo de amor a todas las semillas echadas en sus surcos, para alimentarlas, darles vida con su vida propia y su propia savia...

Y ahora, en esta mañanita de sol, Marcos empuñaba su arado con el mismo orgullo con que un rey empuñaría su cetro de oro. De cara al Oriente, a las bravas cumbres, a toda la gloria del cielo, se estremecía al contacto de tierra remojada, como si a través de sus pies cubiertos de barro fueran penetrándole en las venas oleadas de aquella vida misteriosa presentida bajo sus plantas, que con dulcísima anticipación sabía iba a traducirse después en espigas de oro. Antojábasele, además, en su optimismo, que hasta su *carabao*, bestia pesada y fuerte, compañero de todas sus fatigas y desvelos, participaba de aquella sensación de triunfo anticipado y adivinaba qué hermoso campo sería aquel cuando, crecido el *palay*, fuese todo una inmensa alfombra de esmeralda, flecada de rojas *gumamelas* en los bordes del camino.

Irrumpió de pronto, venida de cualquier parte, una bandada de aves de paso. El vuelo describió una ligera elipse, como si pretendieran posarse sobre la tierra a picotear, y de pronto, asustadas, se declarasen en fuga, hasta desaparecer en la lejanía.

Marcos las contempló, sin maldecirlas como otras veces, porque se sentía feliz. Sólo pensó, compasivo:

—Buscan el sustento, las pobres...

Una voz que fue rebotando de surco en surco lo hizo volver la cabeza.

—Lluvia fecunda, la de anoche, ¿eh?

Era Tasio<sup>22</sup>, que como todas las mañanas, iba camino del pueblo.

Marcos no lo quería, lo odiaba casi, con un odio instintivo, porque no le gustaban su mirar zaino, sus burlas descaradas, y sobre todo aquellas patillas largas, inclinadas como la hoja retorcida de un puñal, hacia las comisuras de los labios. Pero contestó:

—Sí, fecunda...

Quería hablar con tono tranquilo, sonriéndose también, porque eran hasta sacrílegos en este nuevo florecimiento de las almas y de las cosas todo odio y resquemor. Sentíase en su inmensa felicidad capaz de estar por encima de todas las pasiones. Por eso hasta quiso añadir, bromeando:

—Ya verás que tenemos un bautizo como pocos se han visto.

Lo dijo también con orgullo, con el santo orgullo de saberse padre de la criatura más hermosa que vieran los ojos. Ahora mismo la estaba viendo él, en su imaginación, con sus mofletes morenos, con sus negros ojazos, con su maciza contextura forjada en el triple crisol de unos amores sanos, de los vientos de la sierra y de los besos del sol. Y era suya, muy suya aquella divina reencarnación de sí mismo, hecha para perpetuar su nombre y afianzar más y más en aquella tierra la casita enclavada en lo alto, como una apoteosis de todos sus afanes. Él pensaba en un bautizo rumboso, con abundancia de *lechón*<sup>23</sup> y ginebra, para cuando espigase el *palay*, cuyos primeros brotes pronto verdearían entre los surcos...

Tasio hizo una advertencia:

—Pero de aquí a que coseches, habrá de transcurrir aún mucho tiempo, y nadie está seguro de nada en este mundo...

---

<sup>22</sup> Nombre corto para Anastasio.

<sup>23</sup> En Filipinas es un cerdo asado en ascuas de carbón. Se rellena con hierbas, sal, especias y hojas de plátano para que resulte más jugoso. Las recetas varían según las regiones. Se ensarta en un palo de bambú y se gira hasta que la piel queda dorada y crujiente. Se suele comer en todas las grandes celebraciones.

Marcos arreó su *carabao* e inició un nuevo surco, sin hacer caso del otro. Replicó, solo, con firmeza:

—O se bautiza mi hijo con la pompa que se merece, o... ¡no se bautiza!

Tasio se sonrió socarronamente y se despidió:

—¡Bravo! ... Me voy. Espero que será una gran fiesta el bautizo. Me doy por invitado y a fe que prometo hacer buena cuenta de tus botellas de ginebra.

Y ya andando, todavía añadió, subrayando sus palabras:

—Tú sabes, Marcos, querer como pocos a tu hijo.

Marcos quedó clavado, ante la sorpresa del golpe formidable. ¿Qué solapada intención había puesto Tasio en sus palabras que así tenían la fuerza de un conjuro de toda una historia de chismes y rumores, alimentada con negra villanía, allá en el corazón del *barrio*? ¿Hacía alusión a la tremenda sospecha que habían llevado a su alma medias palabras e intencionadas reticencias cogidas al azar en corrillos que se callaban en sabiéndolo cerca, como para ocultarle una enorme desgracia?

Él mismo, con toda su acrisolada fe en la santa moza que había escogido por mujer, no había sabido sustraerse a la venenosa influencia de tales chismes. Hasta habían sido tan grandes sus dudas al principio que, cuando se enteró de que fructificaban las entrañas de su Jacinta, creyó volverse loco ante el temor de que no se le pareciese a él el fruto. Eso sí, lo reconoció rugiendo de felicidad como suyo, cuando una fuerza irresistible lo obligó a clavar sus labios sedientos de cariño en las mejillas, en los brazos gordos, en todo el cuerpo del chiquillo. Desde entonces se mostró sordo a tales rumores, y cuando hasta él llegaban en sutiles retazos, lo besaba furiosamente, como si alguno pretendiera arrebatarárselo.

Había sido en Tasio una crueldad horrible el poner en sus palabras la expresión de quien compadece una infame transigencia. Marcos pensó que hubiese sido mejor pedirle explicaciones, pero

cuando lo quiso hacer, ya el otro se había perdido camino adelante, tras de un macizo de arbustos... Marcos ya no empuñó su arado con orgullo de rey. Mordíalo otra vez la duda, una duda tan fuerte y tan cruel que jurara que le cruzaban con un látigo la frente todos los habitantes del *barrio*.



Aquella noche, Marcos se vistió con su traje dominguero. El *barrio* estaba de fiesta, puesto que era el último día de las *Flores de Mayo*<sup>24</sup> y la *hermana*<sup>25</sup>, rumbosa, a fin de poder invitar a todo el mundo, había hecho levantar frente a su casa un enorme emparrado de *caña*, techado con hojas de plátano.

Ganosa de resarcirse de la lluvia de la noche anterior, la luna brillaba en pleno esplendor, bajo un cielo sin nubes. El *platanar* contigo irradiaba claridad de plata en un continuo vaivén de sus amplias hojas, que daban la impresión de plumajes de aves de leyenda. De las ramas de árboles vecinos pendían, además, numerosos faroles japoneses, de fantásticos dibujos en colores. Del pueblo habían venido, además de la orquesta especialmente contratada para la ocasión, numerosos jóvenes de ambos sexos que, cuando Marcos llegó, ya se habían sentado en círculo, bajo el emparrado, sobre toscos bancos; detrás,

---

<sup>24</sup> *Flores de Mayo* es una celebración católica en honor a la Virgen María que tiene lugar a lo largo de todo el mes. Este ritual empezó cuando se declaró el dogma de la Inmaculada Concepción en 1854, no obstante enlaza con el ciclo vital del comienzo de las lluvias en el mes de mayo después de un largo periodo seco. Se celebra de distinto modo según las regiones y las poblaciones, pero habitualmente se suceden rosarios, puesta de flores, reuniones y fiestas con manjares y las mejores galas. El pueblo se decora de forma exótica y se elige a las jóvenes más bellas para participar en la novena de procesiones, que finaliza con la gran procesión conocida como *Santacruzán*, donde se recuerda a Santa Elena y el hallazgo que hizo de la cruz de Cristo. Esta última celebración está organizada con un gran ritual al que se incorporan las reinas de todas las virtudes cristianas y todos los personajes femeninos del Evangelio acompañadas por la música de la rondalla. Este es el día en que sucede esta segunda parte del relato.

<sup>25</sup> *Hermana* o *hermano mayor* es quien sufraga los gastos de la celebración final que clausura las *Flores de Mayo*, normalmente se trata del alcalde o alcaldesa del lugar. La utilización del término proviene de las cofradías católicas que existieron en Filipinas desde el siglo XVI.

los habitantes del *barrio* se habían acomodado del mejor modo, como asustados de presentarse ante la luz a la vista de tanta gente nueva.

Sentíase orgulloso Marcos, con su camisa de *jusi*<sup>26</sup>, con sus pantalones blancos, hechos en el mismo pueblo. Sus pies hechos a hundirse en lodo, estaban encerrados en la molesta prisión de unas chinelas rojas, con dibujos de flores polícromas. Pero no era de sus prendas de vestir de lo que se sentía orgulloso; era de su mujercita que, llegándole apenas al hombro, abría los grandes ojos, profundamente admirada. Tenían fama de hermosas las chicas del pueblo; sobre todo, aquella *Inday*<sup>27</sup>, cuya fama de dicharachera y jacarandosa había llegado hasta el *barrio*; pero ahora que la veía él, delicada y frágil, no comprendía cómo podía gustar a los hombres. ¡La suya en cambio! Y contemplaba con amorosa embriaguez la fuerte armazón de ella, morena y brava, como una hija del sol. Los brazos robustos, reventones los pechos, amplias las caderas, hechas para engendrar hijos fuertes, sólidos, como aquellos canchos del río.

Pero no se sentía feliz del todo; porque estaba celoso; extrañamente celoso, de todos aquellos señoritos del pueblo que se comían a su mujer con los ojos, riéndose a Dios sabía qué injuriantes comentarios a la belleza de su mujer. Pero quería disimular su disgusto, ante todo el mundo, ante ella sobre todo, para quien fuese una ofensa gravísima pensar siquiera que pudiese ser infiel ni aún de pensamiento. Para vencer sus absurdos celos, hasta quiso gastar una broma:

—Mira, Cinta, cómo están locos por ti...

Y Cinta, su idolatrada Cinta, lo miró un poco extrañada y contestó displicente:

---

<sup>26</sup> Tela hecha con hilos muy finos sacados de las hojas de piña. Su color natural es blanco crudo y se utiliza para fabricar vestidos y trajes bordados a mano, por lo que se convierten en prendas caras que se usan en las grandes celebraciones. *Jusi* es un término procedente del chino para designar la seda en crudo. En Filipinas, *jusi* sirve también para nombrar el tejido fabricado con seda. El *DRAE* da una definición incorrecta.

<sup>27</sup> En las lenguas bisayas de la región central de Filipinas es un término afectuoso usado para llamar a una chica joven, parecido a "nena" o similar. Entre los tagalos se utiliza más para una criada.

—Anda, bobo, que ni si fuésemos novios todavía...

Sin podérselo explicar, Marcos se resintió de su mujer.

¡Novios! ¿Acaso no era mejor que así lo fuesen siempre, aun cuando encaneciesen sus cabellos, y cruzasen sus caras hondas arrugas, y se doblasen sus cuerpos, como troncos vencidos? Tan lleno sentíase él de aquel cariño por Cinta, que aunque se uniesen todos los deseos de todos aquellos hombres, no llegaran ni a la mitad de su santa, loca adoración. ¡Deseos de los otros hombres! Ahora se le ocurrió que podía ser que realmente la desearan los otros, como los machos desean a las hembras, y eran una corroboración clarísima aquellos ojos que hoy notaba extrañamente brillantes, como ojos de gato en acecho en la oscuridad. No podía explicárselo él. Pero ahora antojábasele muerta toda su alegría de momentos antes y sentía además subírsele a la garganta en oleadas amargas desconocida ponzoña de celos y de rabia contra sí mismo, contra ella, contra todo el mundo. Ahora quería cogerla en sus brazos —los palpó para convencerse de la dureza de hierro de sus músculos— y llevársela a través de las sombras, cuesta arriba, hacia la casita aquella de *nipa*, enclavada en lo alto del *palayal*, nido soledoso y santo de sus santos amores...

Despertó de su locura, porque un rasgueo gimiente de guitarra preludiaba un canto. Fue un *kundiman*<sup>28</sup>, sencillo y sentimental, en un chorro de ayes y sentires. Se le antojó que eran rumores de selva, de corriente, de voces como aquellas que en la soledad del camino a través de los breñales acompañaban su ojeo en las noches de caza, en lo alto de la montaña; o como aquellas que en las tardes lluviosas gemían agonizantes en las entrañas de la selva espesa. Le pareció un sacrilegio que, al finalizar el canto, aplaudiesen los otros, con bárbara

---

<sup>28</sup> Canciones tradicionales filipinas de amor que se cantan en las serenatas. Están escritas en tagalo y tienen una melodía suave. El *kundiman* empezó a usarse como una canción artística a finales del siglo XIX cuando los compositores Francisco Santiago y Nicanor Abelardo hicieron la estructura musical y buscaron poemas para sus letras. Los historiadores creen que se originó en la provincia de Batangas y que se llama así porque la primera de estas canciones empezaba por *cundiman*... o *kun hindi mang*... que significa 'si no es tal...'.

resonancia, cuando sólo un silencio hondo y santo debía rubricar la melancolía infinita de la tonada.

La aparición de Tasio le fue dolorosa. El recuerdo del encuentro de la mañana revivió su odio. Cuando se le acercó, con su mirar zaino y gesto de burla, tuvo que contenerse.

—Ha habido cantos al parecer, ¿eh? Ya me lo decía yo... *Inday* habrá sido...

Miraba ahora a *Inday*, con descaro montaraz.

Luego se volvió a Cinta y le disparó la pregunta:

—Oye, y ¿por qué no cantas? Debieran saber esos del pueblo que aquí también tenemos cantoras...

Marcos saltó, impulsivo:

—Y a ti, ¿qué te importa eso?

Tasio le miró de hito en hito. Luego, pausadamente, fríamente, replicó:

—Y a ti ¿qué te importa eso tampoco?

Estaba prendida la chispa que debía iniciar el incendio de odios contenidos por largo tiempo. Estaba el pretexto para justificar el choque a muerte, porque Marcos, con sus celos, y él, Tasio, con su ejecutoria de valiente, si alguna vez llegaban al choque, tenían que hacerlo a muerte por fuerza. Sólo que Cinta se interpuso.

—No seáis tontos. Llamáis la atención...

Era verdad. La gente se había fijado, en el incidente y comentaba a gusto. Marcos no podía oír los comentarios, que adivinaba injuriantes, y violento, se volvió a su mujer:

—Cinta, vamos a casa...

Se fueron; él, delante de ella, cabizbajo, en una sorda explosión de ira. Tasio permaneció clavado, mirándolos partir, con su eterno gesto de burla. Después, murmuró:

— ¡Estúpido!

Ahora, olvidado el incidente, bailaban la *cariñosa*<sup>29</sup>, cuatro chicas

---

<sup>29</sup> Danza folclórica filipina de influencia española, en cuya base está el fandango. En estos bailes

del pueblo. Era una historia de amor, relatada en movimientos rítmicos, con sus alternativas de fe ciega, de celos, de disgustos y reconciliaciones. Las danzarinas ponían el alma entera en las evoluciones, ganosas de impresionar a aquella sencilla gente lugareña, que miraba embobada. La luna era, en lo alto del cielo, una inmensa hostia santa. Del fondo del *barrio*, subía el hondo silencio de las noches tranquilas...



Era una gloria el *palayal*. Las lluvias se habían sucedido regularmente, en cantidades justas para que sirviesen de savia fecunda al crecimiento. Brotaban las primeras espigas sólidas, macizas, erectas. Después de la brega de la mañana, Marcos dejaba errar su vista desde la ventanilla de su casita enclavada en lo alto. Cuesta abajo era, tal como lo había soñado, una alfombra de esmeralda, flecada de rojas *gumamelas* en los bordes del camino. Los peñascos enormes del río surgían ahora como inmensas rosas blancas. Algunas aves de paso solían posarse a picotear, pero Marcos las ahuyentaba a pedradas. Dentro de algunos meses madurarían las espigas y bien se echaba de ver que serían un filón de oro si la bendición del cielo no abandonaba aquel campo.

Acontecía sin embargo que sobre la dicha del pobre labrador se cernían de tarde en vez, como chubascos inesperados, sombras de desaliento. Ni él mismo se lo explicaba; pero en el fondo de aquellas penas adivinaba la silueta trágica de la duda. Muchas veces, cuando su hijo se subía a sus rodillas esparrancándose débilmente para no caer al suelo, se negaban sus brazos a cogerlo y levantarlo como solía, a la altura de la cabeza para agitarle violentamente, con ruidosas carcajadas. El pobre chiquillo quedaba muchas veces abandonado porque, loco de rabia y de celos, Marcos se marchaba de casa, hacia

---

de cortejo los mozuolos coquetean con las chicas pero no las pueden tocar. Ellas les pueden sonreír pero se deben tapan la boca con un abanico o un pañuelo para evitar los besos. La música de este baile es de rondalla española. La *cariñosa* es uno de los bailes más populares.



cualquier sitio, con una sed de destrucción que lo hacía injusto hasta con su *carabao*, paciente y fuerte. Pasaba por alternativas de cariño y odio a su mujer. Algunas veces la hablaba como un chiquillo:

—Cinta, ¡Oh Cinta!...

La acariciaba con loca adoración; jugaba con sus cabellos, la cogía entre sus brazos y la alzaba en vilo, orgulloso de su fuerza de buey. Era entonces maravilla que sus manazas callosas se convirtiesen en manos de seda capaces de manejar sin quebrarla la más frágil porcelana. Pero otras veces la increpaba duramente sin ninguna razón...

—¡Holgazana!.. Vete allá abajo, a limpiar el *palayal*...

No importaba que estallase en incendios de sol. La pobre Cinta tenía que bajar para ir desbrozando los surcos de uno en uno. Volvía jadeante, con los cabellos caídos a la frente, como corona de espinas. Y entonces arrepentido de su crueldad, salíale al encuentro Marcos, la subía en brazos a la casita, y allí se deshacía en mimos y arrepentimientos:

—Loco, soy un loco, Cinta. Pero es que te amo tanto, tanto que no se qué me hago...

Se acurrucaba a sus pies, como un chiquillo necesitado de calor. Cogía sus manos y las ponía sobre su cabeza.

—Así, Cinta, así como mi madre. Y sólo tú, porque muerta ella, sólo te tengo a ti para quererme, como me ha querido la pobre...

De repente, se ponía serio con una expresión de tragedia en sus ojos. Entonces alzaba la voz temblorosa y apretaba el puño.

—Pero si alguna vez me engañases, Cinta, te mataría, a ti y a tu amante, como se mata a un perro...

Cinta temblaba entonces. Porque en sus ojos y en sus palabras latía la decisión fuerte del bruto que hunde su cuchillo sin pensar en nada. Y se alejaba de él, instintivamente, ante la posibilidad de que aquellas manos que la acariciaban se convirtiesen de repente en dogales a su garganta.

Una tarde, Marcos volvió a su casa con el ceño fruncido. Al

mediodía, mientras descansaba a la sombra de un árbol, un amigo había charlado con él. Hablaban de cosas indiferentes, hasta que con rápida decisión, el otro le disparó:

—Tengo que decírtelo, Marcos. Tu mujer te engaña...

No sabía él cómo no saltó sobre el amigo, para ahogarlo. Acaso era el afán de saberlo todo, el nombre del infame, la historia entera de aquella infamia. Y el amigo se lo dijo todo, claramente.

—Es Tasio, y todo el mundo lo sabe. Esa infamia lleva un año de vida y es cosa sabida que tu chiquillo...

—¿Qué? ¿Qué?...

Había él rugido como fiera herida.

Y cayó sobre él, como un trueno, la revelación que esperaba y no quería oír:

—¡No es tuyo!

## IV

Estaba hecho el convenio. Claro, el amigo, avisaría así que se presentase ocasión de sorprender a los culpables. Esta misma tarde, meses después, el amigo daba cuenta de su misión:

—Ayer, apenas amanecido, los vi a los dos cruzar el río. Los perseguí, arrastrándome como una serpiente entre los herbazales. Así estuve durante media hora, hasta que al llegar a la bifurcación del camino, allá, bajo las cañas, se separaron...

Marcos los veía con sus ojos inyectados de sangre, tal que si los tuviese delante. Cogidos de las manos, en los parajes ocultos, entre los altos cogonales; a distancia prudente, cuando en los claros podía haber ojos que acechasen; y luego, ya para separarse, Tasio miraba a todas direcciones, para convencerse de su absoluta soledad y se inclinaba luego rápidamente, para poner su último beso sobre los labios de la infame...

—Por la tarde —prosiguió Claro—, volvieron juntos, iniciada ya la

noche. A diez pasos de esta misma casa, se dieron el último abrazo...

Por dolorosa coincidencia se iniciaba esta tarde la siega. Con la proximidad de la noche, los segadores se afanaban en su tarea. Las bromas, los cantos habían cesado como por milagro, para no desperdiciar ni un momento de los pocos que aún quedaban. Abundante era la cosecha, como se había previsto. Las espigas, reventonas, rubias se doblaban bajo su propio peso y era de gloriarse en el intensísimo perfume que despedían. Sólo de vez en vez, un mozo alegre y enamorado interrumpía su trabajo, para susurrar a la moza del lado:

—La boda será para cuando tenga un *palayal* así...

O si no:

—¿Ves esta espiga dorada? ¡Así estás de hermosa, tú!

La aludida se sonrojaba, bajo el pañuelo a cuadros, anudado a la frente. Pero bien se echaba de ver en el fondo de aquel sonrojo la dulcísima ventura en que se anegaba la muy feliz...

Y había una santa envidia en todos por aquel afortunado Marcos que, más que ninguno, podía estar orgulloso de aquella recompensa a sus afanes. El bautizo de que se había estado hablando tanto tiempo sería sin duda alguna el más rumboso de cuantos se habían celebrado hasta entonces. Con toda seguridad, sería invitado todo el pueblo. Hasta se susurraba que el mismo Diputado por el distrito sería el padrino<sup>30</sup>, el cual, por estar cerca las elecciones, contribuiría con esplendidez al éxito de la fiesta. Podía prometerse pues un día más alegre que el mismo día de la fiesta del *barrio*.

Sólo Marcos no pensaba en aquel bautizo. Sólo Marcos tenía el ceño fruncido en esta tarde gloriosa, como si todos sus trabajos para convertir aquel campo en el más hermoso del lugar, hubiesen atraído la maldición del cielo. Mientras los segadores forjaban castillos en el aire con la parte que esperaban recoger de la cosecha, él pensaba en la tragedia que se avecinaba.

---

<sup>30</sup> Vid. el relato "El candidato" para entender el funcionamiento social y político de aquella sociedad filipina.

—Sí, Claro —decía a su amigo— sólo una prueba clara, vista con mis propios ojos. Luego, vendrá lo que tú ya sabes...

Ello era lo que una tarde había dicho a su mujer:

—Si alguna vez me engañases Cinta, os mataría, a ti y a tu amante, como se mata a un perro.

Claro era buen amigo; la ofensa considerábala suya también, y con toda seguridad, lo avisaría a él cuando pudiese sorprender a los culpables. Él mismo lo había asegurado:

—No tengas cuidado, Marcos. Te avisaré cuando sea tiempo.

La tarde avanzaba. Desde abajo se veía la casita enclavada en lo alto como un atrevido bajorrelieve sobre el fondo rojizo del cielo que incendiaba el sol al morir...



La única enorme alegría en aquellos últimos meses la sintió Marcos cuando, una mañana, Claro le dijo, con cierta emoción:

—Esta noche será. Se han citado en el cerro al anochecer...

Marcos conocía el sitio. Era una casita abandonada, más allá del río. Aislada del resto del *barrio*, ninguno pasaba por sus cercanías, después de ponerse el sol. Ofrecía por tanto seguro abrigo a culpables amores. Y allí sería. Se arrastraría por entre los *cogonales*, aunque tuviese que dejar pedazos de su piel entre las zarzas y espinas. No pensaba en el dolor; pensaba sólo en el magnífico instante en que su paciente espera de meses y meses encontraría recompensa...

Pasó todo el día dedicado a una tarea: afilar su *bolo*. Aquel *bolo* largo, de hoja brava, como había comprobado talando, sin resentirse, los troncos más añosos, allá en la montaña. Comprobaba cómo iba adquiriendo brillo, a medida que lo afilaba. Podía confiar en él; habíalo siempre acompañado, así para cortar cañas cuando levantó su casita, como para segar plantas dañinas en su *palayal*. Un día, yendo de caza, su hoja certera

partió en dos una serpiente larga como el tronco de un *bojo*<sup>31</sup>. Ahora sabría partir en dos también otra serpiente más venenosa todavía...

Ya cercana la tarde, Cinta le dijo:

—Tengo que ir al mercado para comprar pescado. Mañana vendrá más gente y no tendrán que comer...

Marcos sintió una conmoción. Allí estaba la infame, preparando su crimen, bajo cualquier pretexto. Iría al mercado probablemente, para comprar cualquier cosa con que justificar su ausencia. Después, a la vuelta, iría a encontrar a su amante en el cerro, para pasar con él horas de amor. Tuvo deseo de cogerla allí mismo, arrastrarla como un guiñapo y despedazarla a bolazos. Pero se contuvo. Hubiese sido aquello sin razón aparente y luego, él, el otro, el más infame de los dos infames se escaparía. Mejor era esperar; sorprender a los dos, y matarlos de un solo tajo, mientras cometían el pecado.

—Sí, vete y de paso, cómprame algunos cigarrillos.

Tuvo bastante serenidad para que no se delatase en su voz la ira infinita que le mordía las entrañas. Pero no se atrevió a mirarla cara a cara, temeroso de que fulgurase en sus ojos el incendio de su alma.

Se marchó Cinta, con un cesto bajo el brazo, Marcos la miró partir, pensando en que dentro de algunas horas aquel cuerpo bravío y fuerte caería tronchado. Tuvo lástima de ella, de él mismo, del derrumbamiento de toda su felicidad mentida, de aquel final de un amor que había sabido de la gloria en unos días inolvidables. Tuvo lástima sobre todo, de su hijo, de su casita aquella, que parecía ahora más hermosa, más jirón de cielo caído sobre aquella altura para encanto de sus ojos y de su vida. Pero se rehízo. Aquel cuerpo que creía tan suyo, había sido, era aún, sería de otro, dentro de pocos

---

<sup>31</sup> Es un tipo de bambú que crece hasta alcanzar los 10 metros. El nombre científico es: *Schizostachyum brachycladium* y pertenece a la familia de las gramíneas. *Bojo* es la españolización de la palabra inglesa *yellow buho* que viene del nombre oficial en tagalo *Buhong dilaw*, se introdujo en Filipinas como un bambú ornamental y se propaga separando los ramos o dividiendo trozos de su madera.

instantes. Toda su fe jurada se mancillaría por Dios sabía qué vez aquella noche. Aquellos labios gruesos y rojos verterían en boca que no era suya todos sus tesoros de ventura...

Al empezar a anochecer, Claro vino, como buen amigo, a recordarle la hora.

—Marcos, vete...

—Sí, hoy...

Nada más. Extrañamente tranquilo, Marcos se prendió el *bolo* a la cintura. Luego abrazó, a Claro.

—Si algo me ocurre, cuida del chiquillo. De nada es culpable, el pobre...

Claro le cogía la mano, sin responder. Fue una promesa; fue un juramento. Marcos lo comprendió, pues se volvió y le dijo en voz baja:

—Que Dios te lo pague...

Traspuesto el río, Marcos se internó en el *cogonal*, desviándose del sendero. Era espeso el *cogonal*, y las hojas, afiladas, finas como estilete, le azotaban, hiriéndolo, el rostro. En la maraña se quedaban presos a veces los pies pero los libraba de una violenta sacudida. Ya en el corazón del *cogonal*, quiso probar su *bolo*. Lo esgrimió con fuerza contra un haz, y la planta, partida, cayó silbando a sus pies. Se sonrió satisfecho. La hoja de su *bolo*, que ahora tenía reflejos siniestros, cercenaría sin esfuerzo el cuello de un hombre...

Le dio un vuelco el corazón, y tuvo que comprimírselo, temeroso de que estallase. A algunos pasos se levantaba la casita abandonada, como una sombra siniestra en las sombras de la noche. Faltaban dos de los cuatro peldaños de la escalera de caña, y la puerta, cerrada, caería de un puntapié. Por las rendijas del tabique de *sawale* se filtraban débiles haces de luz parpadeante. Un *pono de guayaba*<sup>32</sup> daba exactamente a una ventana entreabierta, a una distancia que podía salvarse de un salto. Marcos se arrastró como una serpiente, sin hacer ni el más ligero ruido,

---

<sup>32</sup> Árbol de *guayaba*. Nombre científico: *Psidium guajava*. Es muy común en toda Filipinas en jardines y cercas. Se introdujo desde la América tropical. Su fruta, la guava, se come habitualmente y se utiliza también para cocinar.

con el *bolo* cogido con fuerza, pronto a descargar un golpe. Ya frente a la casa, tuvo impulso de echar abajo la puerta de una sacudida y saltar luego sobre los culpables. Pero lo pensó mejor. Se subió a la *guayaba*, enrocándose a su tronco. Luego miró hacia dentro...

Una nube de sangre le nubló los ojos. Al venir, palpataba en su alma una muy vaga esperanza de que se engañaba, de que su mujer era una santa y buena como la había creído cuando, al pie del altar, juró ser para siempre suya. Y he aquí que la esperanza se desvanecía completamente, porque allí mismo, a dos pasos de él, la veía con sus propios ojos, tal como era, perjura y traidora e infame, con aquel infame que manchaba su honor. Salvó la distancia de un salto, sin saber lo que hacía, y blandió su *bolo*. Fue un solo golpe en el que se concentraron todas las fuerzas del hombre acostumbrado a echar abajo troncos de *molave*. Fue un solo golpe dado a ciegas, que se hundió en el cuello del traidor, con la misma facilidad con que se hubiese hundido en un montón de tierra floja. No hubo ni un solo grito, porque paralizada Cinta de miedo y espanto, no sintió que aquel golpe había hecho saltar también completamente cercenados cuatro dedos de su mano derecha, con que tenía aprisionado, en prisión de amor, el cuello de su amante. Cinta sólo pudo dar un salto, como jamás pensó pudiese dar. Pretendió escapar luego por la ventana, pero otro tajo la cogió de través, partiéndole la frente en canal. Tampoco sintió dolor, pero sí unas ansias inmensas de correr, de volar para huir de la muerte que la cercaba. No supo cómo lo hizo; pero de pronto se vio en el seno de la noche, corriendo como el viento, con los vestidos hechos jirones, sangrando por todo su cuerpo, con la vida escapándose por las puertas de sus heridas.